

SODALITIUM

Anno X - Semestre I n. 1 - Aprile 1993

N. 33

Artículo extraído de la revista italiana: **Sodalitium**, nº 33, pág. 21. Título original: *Undicesima puntata: l'inizio del pontificato giovanneo (1958) IL PAPA DEL CONCILIO*. Autor: P. Francesco Ricossa. Fecha: **abril de 1993**. Traducido al español. Página web: www.sodalitium.it - email: info@sodalitium.it

Undécimo episodio: El inicio del pontificado juanino (1958).

“EL PAPA DEL CONCILIO”

por el P. Francesco Ricossa



G. Roncalli, Juan XXIII

El inicio del pontificado juanino (1958)

«En cuanto al difunto Papa asumido en la gloria, sólo queda continuar la aclamación: ¡Viva el Papa! y rezar para que **su sucesor**, sea quien sea, **no represente una solución de continuidad, sino un progreso** en el seguimiento de la perenne juventud de la Iglesia» (Card. A. G. Roncalli. Carta al Rector del Seminario de Venecia 17-X-1958. En *Scritti e Discorsi*, Vol. III, p.713).

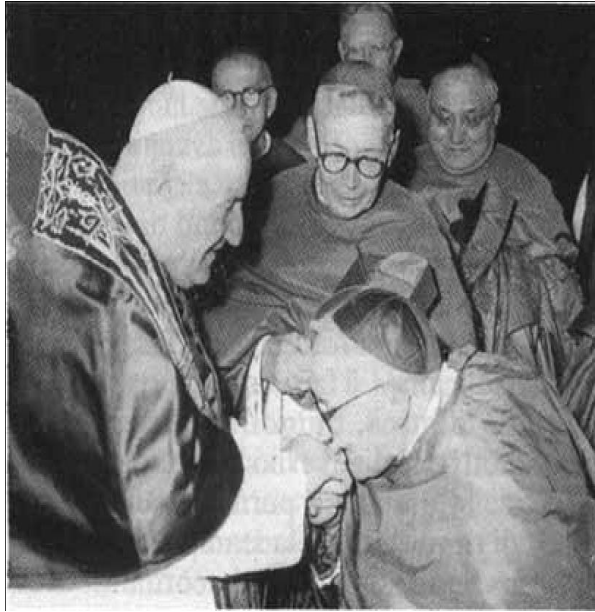
«Después de mí el diluvio». Concluimos el episodio anterior con estas palabras atribuidas a Pío XII ⁽¹⁾. El filósofo (panteísta y bergsoniano) Jean Guittou, amigo de G.B. Montini, añadía: «**Pío XII lo sabía, él mismo decía que era ‘el último Papa’, el último eslabón de una larga cadena**» ⁽²⁾.

Y, sin embargo, la situación de la Iglesia a finales de los años cincuenta parecía floreciente y la propia Iglesia florecía.

Sin embargo, Pío XII debió sentir, incluso **debió saber**, que se estaba gestando una crisis sin precedentes «en el seno mismo y en las entrañas de la Iglesia», según la célebre expresión de San Pío X.

«Más de cien años antes de los años sesenta, en efecto, una corriente nueva y revolucionaria había penetrado en el cuerpo de la Iglesia católica (...) Esta corriente se caracterizaba por el deseo de liberarse de los controles, de tener libertad de experimentación, de salir del exclusivismo de la Iglesia católica y entrar en la gran masa de los hombres. En una palabra: liberación.

Aunque esta corriente revolucionaria adoptó muchas formas, los papas del siglo XIX la identificaron rápidamente como lo que era: un golpe directo y mortal al corazón del catolicismo. Los papas la denunciaron. (...) Pero todos los intentos de deshacerse de ella sólo consiguieron hacerla clandestina. En el cambio de siglo seguía fluyendo, silenciosa y subterránea. En los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial resurgió por un momento, pero la figura autoritaria de Pío XII la hizo retroceder. (...) casi inmediatamente volvió a la clandestinidad. Evidentemente, aún no era el momento. Pero incluso entonces era sólo eso: una cuestión del momento» ⁽³⁾. **El «momento oportuno» llegó** con la elección de Juan XXIII.



*Juan XXIII recibe el homenaje
del Sacro Colegio*

«Cuando el 28 de octubre de 1958, a la muerte de Pío XII, el Card. Roncalli, tomó el nombre de Juan XXIII, «los indicios más seguros de las maquinaciones de los peores enemigos de la Iglesia, los modernistas» (Card. Billot) eran más que evidentes en el campo teológico, pero sobre todo en el exegético. A pesar de la *Humani Generis* (1950), la situación en el decenio 1950-1960 seguía siendo grave» (4). Este no es el juicio de una persona desinformada, sino el de un conocido e ilustre exegeta, el arzobispo Spadafora, quien a continuación cita, en apoyo de su afirmación, a otro filósofo amigo de Montini, Jacques Maritain: «El modernismo de la época de Pío X, comparado con la moderna fiebre neomodernista, no era más que una modesta rinitis alérgica» (5).

Lo que M. Martin dice de los jesuitas se aplica a toda la Iglesia: «Pío XII había muerto y su sucesor Juan XXIII había sido elegido (...). La facción progresista de la Compañía se dio cuenta del liberalismo de Juan XXIII. Desde su punto de vista, **la situación se había invertido**. El nuevo Papa, pensaban los progresistas, que no era romano y era conocido por sus actitudes antiautoritarias, les permitiría salir de la clandestinidad. Las expectativas se cumplieron con creces» (6).

El momento propicio (25-28 de octubre de 1958).

Se sabe muy poco, oficialmente, del cónclave del que salió elegido Juan XXIII (7). Cincuenta y un cardenales entraron en el Cónclave el 25 de octubre de 1958 tras la oración «de eligendo pontifice», pronunciada por el arzobispo Bacci; de ellos dieciocho eran italianos, los no italianos treinta y

siete, y la mayoría necesaria para la elección era de treinta y cuatro votos. Angelo Giuseppe Roncalli fue elegido el 28 de octubre por la tarde en la undécima votación, y tomó el nombre de Juan XXIII.

Algunas noticias no oficiales escaparon al secreto del Cónclave.

Según las versiones, Roncalli habría obtenido treinta y seis o treinta y ocho votos ⁽⁸⁾. La «Curia» votó por Aloisi Masella, Roncalli por Valeri; los más progresistas Lercaro y Montini (aunque no era cardenal) tuvieron algunos votos. Pero el verdadero competidor de Roncalli fue el cardenal armenio Agagianian.

¿A qué influencias se debe la elección del arzobispo Roncalli? ¿Se puede excluir una influencia masónica?

Ya hemos aludido a esta posibilidad ⁽⁹⁾ con respecto a la «elección anunciada» del Arzobispo Roncalli. Sin tener la atrevida certeza de un Pier Carpi ⁽¹⁰⁾, para quien incluso el nombre «Giovanni» tomado por Roncalli era el nombre esotérico y rosacruz tomado en la logia, me parece lícito plantear la duda.

Ciertamente esa elección alegró enormemente al viejo amigo francmason, el Barón Marsaudon, como él mismo escribió: «Tuvimos en primer lugar la gran alegría de recibir en 48 horas una respuesta a nuestras respetuosas felicitaciones. Para nosotros fue una gran emoción, **pero para muchos de nuestros amigos, fue una señal**» ⁽¹¹⁾. ¿Una señal de reconocimiento?

También deberíamos investigar más a fondo las relaciones existentes entre el honorable Umberto Ortolani («afiliado a la logia masónica P 2, condenado a 19 años de cárcel por el crack del Banco Ambrosiano») ⁽¹²⁾ y los cardenales Lercaro y Montini, principales artífices de la reforma litúrgica. Amigo de Lercaro, a quien hizo erigir un monumento en San Petronio de Bolonia ⁽¹²⁾, el F. . M. . Ortolani (con sus «amigos») era también de monseñor Montini. No olvidemos que la Banca Ambrosiana tenía su sede en la diócesis de Montini y que, tras la elección de este último, la connivencia entre las finanzas vaticanas y la masonería ya no es cosa de «rumor» sino de... negra... noticia. Es un rumor, sin embargo, que ciertas influencias «ambrosianas» se ejercieron durante el cónclave de 1963 que eligió a Montini. Ahora Roncalli, admirador del Card. Lercaro ⁽¹³⁾ y confidente del arzobispo Montini ⁽¹⁴⁾, telefoneó a este último inmediatamente después de la elección: «**Excelencia, le mantengo el asiento caliente**» ⁽¹⁵⁾. ¿Podemos excluir la posibilidad de que la presión que se ejerció en 1963 no tuviera lugar también en 1958? *Deus scit* [Dios sabe].

Hay que señalar otro rumor sobre el cónclave de 1958. La elección de Roncalli también habría sido favorecida por los cardenales más fieles a la

ortodoxia católica. Esto sería, de ser cierto, un caso de grave miopía y una contraevidencia de la inanidad de los medios (y dispositivos) humanos.

Parece establecido que el Card. Ottaviani hizo converger los votos de la “Curia” del Card. Masella al Card. Roncalli, y que, incluso, esta estrategia ya había sido decidida antes del Cónclave ⁽¹⁶⁾ en la “Domus Mariæ”, donde se encontraba Roncalli.

¿Cómo explicar tal elección, dados los precedentes del nuestro personaje? Por un lado, Ottaviani quería un papa «de transición» ⁽¹⁷⁾, anciano y complaciente. Habría bastado con guiarle bien. Es significativo a este respecto que el cardenal Siri, que entonces sólo tenía 52 años y era considerado el «delfín» de Pío XII, no fuera invitado a la reunión en la «Domus Mariæ». Ciertamente no habría sido un «Papa de transición». Ahora bien, ¿cómo dirigir bien al cardenal Roncalli? Habría bastado con emparejarlo con un buen Secretario de Estado en la persona del Arzobispo Domenico Tardini, durante muchos años colaborador y homólogo de Montini como Pro-Secretario de Estado de Pío XII.

El arzobispo Roncalli habría aceptado. E implícitamente también habría aceptado la condición (sabia, pero no suficiente) del cardenal Pizzardo: que Montini no regresara a Roma ⁽¹⁸⁾. Pero si algunos cardenales tenían realmente designios sobre Juan XXIII, sin duda él tenía el **suyo** propio sobre ellos. Lo veremos más adelante.

Habemus Papam (?)... y también un Secretario de Estado.

Le tocó al cardenal Canali, muy fiel a la memoria de San Pío X, anunciar a la multitud «el *habemus Papam*», a las 18.08 de aquel 28 de octubre, y también el nombre del nuevo pontífice, que repetía el del famoso antipapa Baldassarre Cossa: Juan XXIII, que convocó el Concilio de Constanza que lo depondría. Pero esto, la gente ciertamente no lo sabía... (^{18a}). La misma tarde Juan XXIII convocó al obispo Tardini. Según Capovilla (secretario de Juan XXIII) en esa ocasión se le pidió que fuera pro-secretario de Estado, según el biógrafo de Tardini, Nicolini, la oferta no se hizo hasta el día siguiente. Sea como fuere, Mons. Tardini «quedó sinceramente sorprendido por el nombramiento y trató de eludirlo» ⁽¹⁹⁾: «Le dije al Santo Padre que no quería servir a sus órdenes porque **una nueva política exige caras nuevas; y le recordé que más de una vez había discrepado con él en el pasado...**» ⁽²⁰⁾. Esta reticencia por parte de Tardini, que se había reunido con Roncalli antes del Cónclave, sugiere que este último no tenía un acuerdo explícito y vinculante con los cardenales de la Curia sobre la elección de Tardini, especialmente porque el acuerdo habría sido ilícito. Pero él insistió

en una elección que sorprendió a Tardini porque no procedía de un hombre en sintonía con él. La **razón** de esta insistencia la explica monseñor Igino Cardinale, jefe de protocolo de Juan XXIII: «El Papa Juan no era un hombre de la Curia y **lo que realmente sabía, no lo apreciaba en absoluto**. Sus relaciones con ella cuando estaba en Bulgaria, Estambul y otros lugares, no siempre fueron las mejores. Seguía siendo un extraño. Roncalli nunca [o casi nunca – nota del editor] fue deliberadamente en contra de las decisiones de la Curia, sino que se sintió libre de tomar decisiones por su cuenta...» (21). ¡Decisiones que iban en una dirección completamente diferente!

La elección de Tardini como Secretario de Estado, por tanto, más allá de la hipótesis de un «plan Ottaviani», también tenía sentido desde el punto de vista del recién elegido. Sabía que no podría aplicar su innovador plan, «el aggiornamento», sin el consentimiento o, al menos, la no oposición inicial de la Curia romana. Roncalli «el simplón», el «buen párroco rural», el «buen Papa», no tenía ningún interés en contradecir (demasiado pronto) la idea que se habían formado de él.

Primer mensaje radiofónico.

El primer día tras la elección no sólo incluye el nombramiento (o confirmación) de Tardini. Juan XXIII también emite su primer mensaje radiofónico al mundo, *Hac trepida ora* [en esta agitada hora – ndt]. En él habla de las persecuciones (comunistas) contra la Iglesia católica. Están —dice— **«en abierto contraste con la civilización moderna y con los derechos del hombre largamente adquiridos»** (22). ¿Era necesario elogiar de este modo a la «civilización moderna» con la que, según Pío IX, el Papa no puede llegar a compromisos y reconciliaciones? (23). ¿Era necesario alabar esos «derechos del hombre» adquiridos, evidentemente, por la famosa declaración de 1789?

«Pero el Papa Juan —escribe su hagiógrafo el padre Tanzella— no podía detenerse en la Iglesia perseguida. Ya no habría sido él mismo si no hubiera respondido ante el Patriarca de Moscú y el Prelado protestante de Chicago» (24). En efecto, nada más ser elegido, había recibido los más calurosos deseos del Gran Rabino de Israel Isaac Herzog, del «arzobispo» anglicano Goffredo Fisher y, por supuesto, de Paul Robinson, Presidente de las Iglesias Federadas, y del Jefe de la «Iglesia ortodoxa rusa», el Patriarca Alexis.

El protestante americano esperaba que «el papado [de Juan XXIII] condujera a un mejor entendimiento entre los cristianos y todos los hombres

